

REVISTA
DE
ARTES Y LETRAS

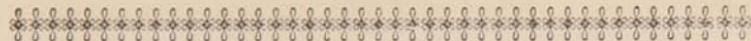
TOMO XII

7493



SANTIAGO DE CHILE
OFICINA: CALLE DE HUÉRFANOS, NÚM. 64-A

1888



REVISTA LITERARIA



HAROLDO

(EPISODIO DEL SIGLO XV)

POR LA SEÑORA AMELIA SOLAR DE CLARO

En medio de la indiferencia que rodea á los que cultivan las bellas artes, salió á luz, hará tres meses, la preciosa leyenda en verso titulada *Harolfo*, sin que su mérito y la circunstancia, muy rara entre nosotros, de ser obra de una señora hayan podido librarla de esa suerte fatal que persigue en Chile á los poetas.

Y, sin embargo, el *Harolfo*, aunque su autora por un exceso de modestia, no lo califique de original, es una producción notable bajo muchos respectos, en la cual brillan á un tiempo el esmero del artista y los sentimientos más delicados de un noble corazón.

La caridad y el amor conyugal llevados hasta los últimos límites de la abnegación, la esposa que se inmola por el esposo desgraciado, el deber cuyo cumplimiento es necesario ocultar, como se ocultaría un crimen, la inocencia perseguida y casi milagrosamente salvada de la hoguera, y después el triunfo definitivo de la virtud en que ésta no alcanza ninguna corona de la tierra, sino la libertad de seguir inmolán-

dose por el sér amado á quien la mano de Dios ha herido con una terrible enfermedad que lo aísla del trato de los hombres: tal es el animado cuadro que la señora Solar de Claro ha dibujado con vigoroso pincel, embelleciéndolo con el colorido brillante de la poesía; un cuadro digno del poeta cristiano, digno de la mujer que es en su hogar un tipo de virtudes, digno, en fin, de la legítima heredera de los talentos de su ilustre madre.

El argumento del poema es por demás sencillo y su distribución se asemeja en mucho á la de las antiguas leyendas, en que corre la acción sin los episodios inútiles ni las disertaciones ociosas que tanto fastidian en algunas obras modernas.

Helo aquí reducido á muy pocas palabras:

Una niña llamada Armella, dama de honor de la princesa de Bretaña dejó cierta noche el palacio de sus señores, y habiendo sido notada su ausencia, se la acusó de tratos diabólicos con un fantasma que aparecía durante las horas del descanso en las cercanías del castillo. Armella no niega el crimen que se le achaca, sin que por eso se considere culpada. Un terrible deber sella sus labios, y aunque bastaría una sola palabra para justificarla, ella se guardará bien de pronunciarla, prefiriendo la muerte y el oprobio para su memoria á una confesión que puede redundar en daño del sér desgraciado á quien sacrifica su existencia. Llevada de tribunal en tribunal, iba ya á ser condenada á la hoguera, cuando aparece á defenderla un sacerdote, que, conociendo su secreto, aboga por ella con la elocuencia sublime del convencimiento y de la caridad. Armella, á quien se cree culpable de un tremendo sacrilegio que, según las ideas de la época, sólo puede expiarse en las llamas de la hoguera, es la esposa de un héroe infortunado que, herido por la lepra, ha tenido que ocultarse de sus semejantes, no quedándose más consuelo que la sublime ternura de su virtuosa compañera, quien sólo puede ir á darle alivio en el silencio de la noche y entre las tinieblas del misterio. El mismo leproso comparece al fin ante el augusto tribunal que va á condenar á su esposa y que concluye por declararla libre entre las aclamaciones de la multitud. Desde este momento la noble y abnegada joven sigue al enfermo para compartir su miserable existencia mientras le dure la vida.

La señora Solar de Claro con exquisito tino artístico ha distribuido su narración, variando los cuadros y diversificando las escenas de manera que el lector se siente dulcemente halagado desde el principio

hasta el fin. El poema, que comienza con la descripción del amor feliz de dos príncipes jóvenes á quienes la fortuna ha colmado de sus favores, termina con la pintura de otro amor legítimo, santificado por el dolor y por la más completa inmolación de dos seres heridos por el más tremendo de los infortunios. Y en medio de estas dos escenas que forman el marco de un cuadro lleno de profunda moralidad, encuentra el lector otras notabilísimas por el colorido de la época que en ellas resalta, como son aquellas en que la supuesta culpable comparece primero ante el tribunal del príncipe de Bretaña, y más tarde ante el del obispo que se ha avocado su causa. Cuadros son éstos que hacen recordar algunos de los que en su género nos ha dejado el inimitable Walter Scott. Abundan igualmente en el *Haroldo* preciosas descripciones de la naturaleza y sentimientos que honran el corazón de la autora.

Es de sentir que los límites de este artículo no nos permitan dar muestras abundantes de la manera como la señora Solar de Claro maneja el verso, pues, si entráramos á citar los trozos que en el *Haroldo* nos han llamado la atención, nos extenderíamos demasiado.

Con todo, no resistimos á copiar un fragmento del canto titulado *La Tempestad*, escrito en sonoras y bien torneadas octavas:

Turbado el labrador miraba al cielo,
que próxima tormenta presagiaba
y sus rebaños con tenaz desvelo
en redor apiñados contemplaba;
sus balidos expresan desconsuelo,
la súplica en sus ojos se pintaba,
y presuroso con afán prolijo
blando abrigo les diera en el cortijo.

Era ya tiempo; amenazante trueno
conmueve el antro con su voz sonora,
y de las nubes el hinchado seno
la llama del relámpago colora;
el sol, de vida y resplandores lleno,
con moribunda luz los cielos dora,
y lánguido al sumirse en Occidente
vencida inclina su orgullosa frente.

La noche no calmara la tormenta,
antes, á cada hora que desliza,
el trueno sus rugidos acrecienta
y á sus ecos el alma martiriza;

á medida que horriso revienta
se ve, lanzando claridad rojiza,
de fulgidos relámpagos el fuego
romper las nubes y abrasarlas luego.

Ya desbordado, la colina inunda
el claro lago que sus campos riega,
y, cual las olas de la mar profunda,
cuando á los cielos desafía ciega,
hinchada, embravecida, furibunda,
su turbia onda hasta el castillo llega,
azotando convulsa la muralla,
do el viento ruge, donde el trueno estalla.

El buho, la lechuza y el mochuelo,
del viejo torreón habitadores,
sin rumbo tienden el pesado vuelo,
otros techos buscando protectores;
y sus gemidos lúgubres de duelo
de la noche duplican los horrores,
su ingrata voz mezclándose violenta
al horrido gemir de la tormenta.

Basta con lo citado, aunque pudiéramos todavía copiar muchos otros fragmentos de diverso género y entonación; pero las octavas que ofrecemos al lector bastarían á acreditar á cualquier poeta.

Después de esto ¿sería justo que entráramos en un minucioso análisis Hermosillesco de las estrofas del poema, criticando un verso poco numeroso, algún hiato forzado, tal cual palabra no muy propia ó alguna de esas incorrecciones gramaticales de que no se libran á veces los literatos más empeñosos en limar sus producciones? Sería tarea inútil, mezquina, y por mucho que ahondáramos en ella no alcanzaríamos á deslustrar el mérito del *Haroldo*, poema escrito con verdadero gusto, y sobre todo con el corazón.

La literatura chilena es muy escasa en este género de trabajos. Las joyas que puede ostentar son muy pocas y contadas. La madre de la señora Solar de Claro dejó su preciosa leyenda titulada *La Novia y la Carta*, más notable que por su argumento, por la elocuencia del sentimiento y la riqueza de la poesía y de la versificación; la herencia que nos legó Sanfuentes son tres ó cuatro poemas, aunque algo fríos, de mérito indisputable, los demás ensayos hechos en el país, excepto alguno que otro del malogrado Soffia, son pobres y muy inferiores al *Haroldo*.

Quede á la señora Solar de Claro la dulce satisfacción de haber producido en su hermosa leyenda una de esas obras que merecen bien de Dios, porque elevan y dignifican el alma, derramando un dulce refrigerio sobre los corazones honrados que sufren viendo á la poesía convertirse en incensadora de los vicios y en lisonjero vil de las pasiones de la multitud.

LA REDACCIÓN
